Deudas saldadas

Víctor F.R. Alcázar

Capítulo 1

Diseño de cubierta: Jesús Alcázar López (Xai)

Para mi compañera Rocío,
inspiradora de este relato
y de otras muchas cosas
que me han hecho entender mejor
el sentido de esta vida.

Gracias. Te quiero.

Torrefarrera, Febrero de 2018

Capítulo 2

Adriana

En la hora del amanecer

Las primeras luces del alba iluminan las tranquilas aguas del mar, que la suave brisa matutina no logra perturbar. Pero esta suave brisa pronto se transformará en el tremendo Meltemi, que soplará con fuerza durante toda la jornada, hasta que, con la llegada de la noche, amaine su fuerza. En contraste y al pie del acantilado, las olas, fruto del mar de fondo de la pasada jornada, golpean furiosas contra las afiladas rocas.

Adriana está al borde de ese acantilado, mirando sin ver. Es ajena a la majestuosa salida del sol, al regreso de las barcas de pesca, al incesante griterío de las gaviotas en busca del primer bocado del día; a todo lo que le rodea. Su rostro refleja la terrible angustia que inunda su alma. Su figura entera parece proclamar la honda desesperación que colma por completo su espíritu.

Allí, descalza, en pie sobre las agrestes piedras, con el pelo revuelto por el tenue viento que también hace ondear la larga falda de su vestido; con un viejo chal que lleva sobre sus hombros y que sus manos sujetan sobre el pecho, se pregunta cómo es que todavía no ha tenido el valor, o la decisión, o la entereza de arrojarse a las tremendas olas, que sin tregua, martillean la base del acantilado.

Y allí, como cada mañana, recuerda los terribles sucesos que, en poco tiempo, han cambiado radicalmente su vida.

En su infancia fue una muchacha feliz. En el pueblecito de pescadores, donde vivía, la existencia era sencilla. En su memoria almacenaba multitud de gratos recuerdos tan sutiles como los de ciertos aromas y sabores que acompañaban la cotidianidad; aquellas conversaciones apenas oídas, cuando se adormecía en el regazo de su madre mientras ésta y otras vecinas charlaban tras finalizar sus tareas y antes de retirarse a sus casas para pasar la noche. También estaban los juegos con sus hermanas y amigas, sobretodo recreando las bodas de príncipes y princesas de lejanas tierras que, de vez en cuando, narraban los marineros de la barca de Isla Megálos y que les daban material para varios meses.

Más adelante, y como cualquier muchacha tenía que ayudar a su madre en las muchas tareas de la casa y a su padre en el mantenimiento de las redes de pesca y velas de la barca. Pero el trabajo se hacía con alegría y

eso mismo ya le llenaba de satisfacción.

De vez en cuando, en las fiestas del pueblo o en determinadas ocasiones, se organizaban bailes y festejos en las que todo el mundo participaba.

Y en esas fiestas, y a medida que iba creciendo, sus ojos no podían apartarse de determinado muchacho. Este era un apuesto joven, de nombre Crisóstomo, hijo de una de las pocas familias que no se dedicaban a la pesca, sino que poseían unos terrenos en los que crecían unas magníficas vides, de las que obtenían un excelente vino y, sobre todo, un olivar que daba las aceitunas y el aceite más famoso de toda la isla.

El joven Crisóstomo también estaba prendado de aquella alegre y cada vez más hermosa muchacha y fue inevitable que, al cabo de un tiempo y cumplidas todas las formalidades necesarias, se anunciara la boda de Adriana y Crisóstomo.

Adriana fue a vivir con Crisóstomo en una casita que había junto al olivar, utilizada para guardar herramientas y aperos, y que poco a poco, fueron convirtiendo en un hogar. En un hogar en que reinaba la felicidad.

Y poco antes de que se cumpliera el aniversario de la boda nació su hijo, al que pusieron de nombre Tassos.

Aquello fue la culminación de la dicha que llenaba los corazones de Adriana y Crisóstomo.

El tiempo fue pasando y el ciclo de la vida seguía su curso. Las estaciones se sucedían marcando el ritmo de la sencilla existencia de las gentes del pueblo. Y así, con el paso del tiempo, Tassos se convirtió en un joven apuesto, serio y trabajador.

No fue nada extraño pues, que un día Tassos anunciara a sus padres el deseo de casarse con una muchacha llamada Irene. Esta era una guapa y hacendosa muchacha, hija de una apreciada familia, y por ello no fue ninguna sorpresa que en poco tiempo se acordara la boda.

Adriana estaba feliz, pero Crisóstomo estaba fuera de sí por la alegría que le embargaba. Por ello insistió en organizar los festejos que acompañarían los esponsales. Hizo traer desde Isla Megálos una orquesta musical, así como manjares y bebidas antes nunca vistas en el pueblo.

Para Adriana todo ese derroche le parecía innecesario, pero veía a Crisóstomo tan eufórico que acabó secundando a su marido.

Y, como si de un capricho de las Moiras se tratara, otra vez el ciclo de la vida volvió a repetirse. Tassos e Irene se instalaron en la casa lindante al olivar, que tras la muerte de los padres de Crisóstomo, había quedado

vacía y poco antes del primer aniversario de su casamiento anunciaron el embarazo de Irene.

Aquella nueva dicha colmo a todos por igual. Adriana disfrutaba viendo a Crisóstomo y Tassos al acudir o regresar del trabajo charlando acerca de los muchos proyectos de futuro que tenían pensados.

Cada vez que Adriana bajaba al pueblo, por cualquier motivo, aprovechaba la ocasión para comprar pescado, para después prepararlo a la manera que tanto agradaba a Crisóstomo. Como a Tassos también le encantaba el pescado, solía llevarles una parte, y de paso visitar a su nuera Irene. De esta manera iba siguiendo su embarazo y charlaban acerca del prometedor futuro que les esperaba.

Un día, al llegar a la casa del olivar con su cesta de pescado, encontró a Irene tumbada en la cama. Su frente estaba perlada de gotas de sudor y su pálido semblante alarmó a Adriana. Algo iba mal. Cogió un pañuelo, lo empapó de agua fresca y lo puso en la frente de Irene. Acto seguido fue a buscar a los hombres que trabajaban en los campos y mandó a Crisóstomo a buscar a la Muda, mientras Tassos y ella se dirigían a la casa para cuidar a Irene.

Al cabo de un tiempo se presentaron la Muda, su hija y Crisóstomo. La Muda era la curandera del pueblo y con sus conocimientos de hierbas y remedios ayudaba a la pobre gente a sobrellevar sus dolencias. Así mismo era la persona que ayudaba en los partos si había algún problema. Una vez puesta al corriente de la situación la Muda les hizo salir de la habitación a fin de reconocer a la muchacha.

Transcurrió un rato, que a ellos les pareció una eternidad, y regresó la Muda con semblante grave. Y, a través de su hija, les comunicó que la vida de la futura madre estaba en peligro, así como la de la criatura que esperaba. También puso de manifiesto que ella no tenía ni los medios ni los conocimientos necesarios para tratar a Irene.

Lo único que les podía aconsejar era que llevaran a Irene a Isla Megálos. Allí sería atendida debidamente, aunque sin darles ninguna garantía respecto a la recuperación de la paciente; además de que el tratamiento podría resultar bastante caro.

Sin dudarlo decidieron llevar a cabo el consejo de la Muda. Después de los oportunos trámites Tassos e Irene se embarcaron rumbo a Isla Megálos mientras, en tierra, Adriana y Crisóstomo les vieron partir con el corazón encogido.

Y fueron pasando los días y las semanas. Al principio las noticias eran esperanzadoras y todos confiaban en que la cuestión se arreglaría satisfactoriamente. Sin embargo, en un momento dado, todo se complicó.

El tratamiento no daba los resultados esperados y hacía falta más dinero para probar nuevos remedios.

Desafortunadamente, un día Tassos volvió, solo. Su aspecto lo decía todo. Delgado, pálido, con una mirada huidiza y vacía de cualquier chispa de sentimiento, parecía alguien que regresara del inframundo.

Sus padres le acogieron con todo el amor y cariño de sus corazones, pero enseguida comprendieron que algo en el alma de su hijo se había roto para siempre.

Intentaron reemprender su vida de antes, pero las circunstancias habían cambiado sustancialmente. Tassos estaba permanentemente huraño y por cualquier pequeña cosa se encolerizaba.

Las pocas veces que iba al pueblo acababan con alguna bronca y la gente empezaba a evitarle. Tassos, sin embargo, les acosaba con sus gritos y amenazas, llegando más de una vez a la agresión física.

Adriana intentaba hacerle ver lo impropio de esta actitud; que la buena gente del pueblo no tenía la culpa de lo que le había sucedido. Pero lo único que conseguía era que él se fuera enojado, y que no apareciera por períodos cada vez más prolongados.

Y llegó el trágico día en que, de madrugada, unas voces despertaron a Adriana y Crisóstomo. Salieron al encuentro de éstas y vieron que se trataba de varios vecinos del pueblo que, llevando largas cuerdas, se encaminaban al borde del precipicio. Según pudieron deducir de las muchas conversaciones cruzadas, un pescador, que faenaba cerca del acantilado, había entrevisto una figura humana a merced de las olas en la base del farallón.

Sin saber porque, a Adriana se le heló la sangre en las venas y a duras penas pudo llegar donde algunos hombres, desafiando el tremendo riesgo que ello suponía, descendían por la peligrosa ladera, con las cuerdas atadas a sus cinturas para proceder al rescate.

Y allí, descalza, en pie sobre las agrestes piedras, con el pelo revuelto por el tenue viento que también hacía ondear la larga falda de su vestido, con un viejo chal que llevaba sobre sus hombros y que sus manos sujetaban sobre el pecho, recibió la noticia: El cuerpo sin vida, machacado por las olas y las rocas, que izaban los hombres era el de su hijo Tassos.

Al final de esta evocación Adriana parece regresar de un misterioso trance. Parpadea, mira a su alrededor y, como asombrada de encontrarse en ese lugar, se estremece enérgicamente, aprieta un poco más el viejo chal sobre sus hombros e inicia despacio el regreso a su hogar.

Capítulo 3

Crisóstomo

En la primera hora de la mañana

La parte del camino que bordeaba el acantilado estaba a escasos cien pasos de la casa de Crisóstomo y Adriana. Después, en dirección este, se adentraba en el interior de la isla, bordeando sus viñedos y olivares y más adelante, se dirigía hacia el otro pueblo de la isla, en la costa opuesta. Por la vertiente oeste descendía hasta el pequeño poblado a través de una suave colina, ya alejada del litoral.

Por este camino bajaban al pueblo con una de sus mulas, o las dos, si la carga así lo requería, para llevar sus vasijas de vino, o de aceite, o de leche y quesos de las cabras que pacían entre los olivares y encinas. De vuelta se traían todo lo que no podían procurarse por ellos mismos.

Crisóstomo está dentro de la casa con las ventanas casi cerradas. Entre la penumbra apenas se le adivina sentado a la mesa de la cocina. Su aspecto indica una dejadez manifiesta, ya que su cabello está revuelto, su barba tiene varios días, y sobre su camisa sucia y arrugada lleva un chaleco igualmente sucio y arrugado.

En la mesa descansan un vaso y una botella de vino medio vacía.

En la turbia mente de Crisóstomo se mezclan ideas y recuerdos de una manera confusa. Por una parte tiene muy presente que dentro de pocos días tiene que hacer efectivo el pago correspondiente al vencimiento del plazo de la deuda contraída con Dom Dimas. Sabe que si no efectúa la entrega puede perder su olivar, que dio en garantía para la satisfacción del crédito otorgado.

Por otra parte, vuelve a evocar las circunstancias que le han llevado a su actual situación. Todo empezó cuando su hijo Tassos les comunicó a Adriana y a él mismo su intención de casarse. Al conocer a la futura mujer de su hijo y tras hablar con Tassos de planes de futuro perdió la cabeza y organizó tales festejos para acompañar la boda que le reportaron unos gastos totalmente desorbitados.

Más adelante, cuando Tassos e Irene ya estaban instalados en la casita del olivar, hablaba con su hijo de proyectos que podían realizarse en sus tierras. Incluso habían considerado la idea de traer un par de vacas para criar en un pequeño prado que tenían al final de las fincas y que más adelante, con los ingresos que les proporcionarían estas, ampliarían el

número de cabezas.

Todo parecía ir bien, e incluso muy bien, al conocerse el embarazo de Irene. Las perspectivas eran inmejorables hasta que llegó el fatídico día en que la muchacha empezó a sentirse mal.

Por consejo de la Muda decidieron llevar a la muchacha a Isla Megálos para tratarla.

Él pensaba que todo se arreglaría pronto, pero al cabo de poco tiempo, los mensajes de Tassos dejaron de ser optimistas y cada vez necesitaba más dinero para pagar aquella costosa estancia.

Y llegó el momento en el que tuvo que recurrir a Dom Dimas. Éste era un prestamista al que acudía todo aquel que tenía problemas de dinero. Éste personaje había aprendido a redactar contratos de préstamo y, merced a las cláusulas abusivas que contenían, disfrutaba de una pequeña fortuna a base de apropiarse de los bienes de las gentes que no podían satisfacer las deudas contraídas.

Como la mayoría de los lugareños Crisóstomo no sabía leer ni escribir. Cuando su hijo estuvo en Isla Megálos la comunicación era oral, transmitiendo el mensaje a algún conocido que hiciera la travesía o a través de algún marinero del barco que periódicamente recorría los pueblos costeros de las islas que rodeaban a Isla Megálos.

Así pues, cuando Crisóstomo fue a ver a Dom Dimas, éste le dijo que prepararía un contrato en los términos que acordaron. A Crisóstomo le pareció justo el trato hecho, pero lo que no acababa de ver claro era el asunto del contrato: un papel lleno de signos que él no entendía y que parece ser que era el compromiso de retornar el dinero prestado. Él, siempre que había hecho tratos, los había cerrado con un apretón de manos y aquello era un compromiso más fuerte que todos los papeles del mundo.

En ese momento entra Adriana en la casa y ve a su marido. Ve el vino sobre la mesa y su ánimo decae al comprender que Crisóstomo intenta sacar de aquella botella el valor para enfrentarse a un nuevo día.

- Te preparo algo de comer ? - Consigue preguntar Adriana venciendo el nudo que le oprime la garganta.

- No. No tengo hambre. - Contesta Crisóstomo con voz ronca.

Adriana se dirige a la fresquera y prepara un bol con yogur para llevárselo a Crisóstomo.

- Al menos toma esto. No hace falta hambre para un poco de yogur.

Adriana se dirige a la ventana y abre los postigos dejando entrar la luz de la mañana. Al volverse ve a Crisóstomo parpadeando y con una mano haciéndose sombra a modo de visera.

Por un momento sus miradas se cruzan, hasta que él baja los ojos como avergonzado. Pero ella ha tenido tiempo de ver aquella mirada de ojos vidriosos y enrojecidos, tan apagados y faltos de aquella audacia y alegría que antes siempre mostraba aquel hombre, completamente diferente del que ahora tiene delante.

Sacando fuerzas de flaqueza intenta hacer reaccionar a su marido.

- Tienes que ir a hablar con Dom Dimas y tienes que conseguir que nos aplace el pago de este mes.

- Ya lo sé mujer. - Contesta él malhumorado.

- Si no lo consigues ya sabes que pasará. Y ya se ve claro que Dom Dimas va detrás de nuestros olivos. ! Nos quiere quitar las olivas !

- Y qué quieres que yo haga ? Ya sé lo que me dirá él si voy a pedirle un retardo del pago.

- Pero inténtalo al menos ! Si hemos de ir a la ruina que sea al menos de una manera digna. Sin el olivar a duras penas podremos mantenernos. Qué será entonces de nosotros ? Tendrás que ir a trabajar por cuatro monedas para Dom Dimas ! Y encima cultivando lo que antes fueron nuestras tierras.

- Déjame ya, mujer. Cuando tenga que ir a hablar con Dom Dimas, iré. Mientras tanto no me martirices más.

Y diciendo esto Crisóstomo sale de la casa, dejando a Adriana abatida y pensando en el difícil porvenir que les espera.

Capítulo 4

Dom Dimas

En la hora de la media mañana

A Dom Dimas le encantaba tomarse un desayuno abundante cuando ya el día estaba un poco avanzado. Normalmente no se levantaba pronto, ya que él era una persona de hábitos más bien vespertinos y nocturnos.

Por ello, cada mañana, tenía preparada una buena mesa, con abundante comida y bebida, en la terraza de su casa. Le encantaba disfrutar del paisaje, de sus colores y aromas mientras daba buena cuenta del banquete.

Desde su privilegiado observatorio, situado en un punto algo distante del pueblo, en la vertiente oriental de la bahía, se deleitaba observando la tranquila vida de las gentes del lugar. Personas sencillas con actividades sencillas. Pero, de vez en cuando, alguna de estas personas sencillas, ya sea por necesidad o por ambición, acudían a él, en busca de préstamos.

Él, gracias a que en su infancia, y por motivos de una enfermedad, vivió bajo la tutela de un tío suyo que vivía en Isla Megálos, aprendió a leer y escribir, y más tarde, también unas ligeras nociones de leyes. A su vuelta a casa, ya era un muchacho despierto y con unos conocimientos que casi nadie del pueblo tenía. Después de probar algunos oficios vio, que de los escasos ingresos que obtuvo por las tareas realizadas, podía lograr más rendimiento si actuaba despiadadamente con inteligencia y osadía.

Y de esta manera empezó su trayectoria de prestamista, al principio proporcionando pequeñas cantidades de dinero y cobrando sustanciosos intereses, además de adueñarse de los bienes ofrecidos como garantía en caso de no poder satisfacer lo prestado. Más tarde las cantidades fueron en aumento y, poco a poco, consiguió reunir una pequeña fortuna.

Una prueba de lo bien que le iban las cosas era su casa, la casa con la que siempre había soñado y que ya hacía varios años que disfrutaba. Otra era su redondeada figura, modelada por su afición a la buena mesa y a la práctica nula actividad física.

Dom Dimas está dando cuenta de su desayuno cuando Sebastianos, su hombre de confianza, le interrumpe anunciándole que tiene la visita de Crisóstomo, que viene a hablar del pago del plazo del préstamo.

- No puede esperar ? No ves que estoy desayunando ? - Le contesta

molesto. Aborrece terriblemente ser importunado mientras come.

- Parece ser que es urgente. Le he dicho varias veces que el Dom no le recibiría, pero él ha insistido una y otra vez. - Dice Sebastianos visiblemente incómodo.

- Te estás volviendo blando, Sebastianos. Y yo te quiero firme y duro. Te necesito firme y duro para poder poner en su sitio a estos catetos cuando se salen de su lugar. Está bien, hazle pasar. Igual viene a pagar el vencimiento.

Pasado un breve instante vuelve a aparecer Sebastianos seguido de Crisóstomo. El primero se sitúa al lado de Dom Dimas, ligeramente retrasado y el segundo, terriblemente nervioso, se coloca al lado de la mesa. Dom Dimas le mira y hace una mueca de repulsión. Del pobre hombre se desprende un tufo que es una mezcla de sudor, halitosis… y sobre todo el olor del miedo, que tanto conoce por haberlo sufrido al hablar con otros deudores en los momentos que no pueden satisfacer sus pagos.

- Está bien Crisóstomo, que es eso tan importante que tienes que decirme ? - Pregunta Dom Dimas.

A Crisóstomo le cuesta hablar. Su garganta seca es incapaz de articular una palabra.

Dom Dimas le mira fijamente. Aquel hombre, antes fuerte y decidido, ahora es un pingajo humano. Con la cabeza baja, mirando a su gorra, que sus manos estrujan sin parar a la altura de su cintura. Con la ropa sucia y las alpargatas llenas de barro ofrece un espectáculo lamentable.

Pero Dom Dimas, con su ojo clínico, ve a alguien que ya está maduro para hacer crecer un poco más sus propiedades. Está casi seguro que Crisóstomo no puede pagar la deuda y viene a pedir una prórroga. Sonríe internamente, viendo que su olivar pasará pronto a su nombre, pero en su rostro, por el contrario, se dibuja una mueca de disgusto.

- Crisóstomo, me estás haciendo perder la paciencia y el desayuno. Se puede saber que

quieres ? Habla ya hombre !

- Dom… Dom Dimas. - Consigue balbucear. - Perdone que le moleste, pero es… pero es que…

- Date prisa. No tengo toda la mañana para ti.

- Dom Dimas. Venía a pedirle un aplazamiento del pago. Voy… voy un poco justo de dinero y no me alcanza. Pero yo le juro que en poco tiempo podré hacerme cargo de los pagos pendientes.

- A ver Crisóstomo. Pensaba que todo había quedado claro cuando firmamos el acuerdo. Mientras pagues ningún problema, pero si no puedes pagar respondes con la garantía ofrecida. No puedo aplazarte el pago, lo siento de veras, pero si hiciera eso todo el mundo dejaría de pagar cuando le viniera en gana, comprendes ?

- Dom Dimas. Se lo ruego. Solo necesito un pequeño aplazamiento. - Dice Crisóstomo poniéndose de rodillas.

Capítulo 5

Sebastianos

En la hora de la mañana avanzada

Mientras Dom Dimas y Crisóstomo continúan hablando Sebastianos contempla la escena imperturbable. La tiene ya demasiado vista y sabe que el palurdo de Crisóstomo va a claudicar. Pronto Dom Dimas se hará con una nueva finca y eso repercutirá en algún tipo de recompensa para él.

Desprecia a aquella gente miserable que llevan una vida miserable y que no saben hacer nada para salir de ella. Él, en cambio, desde muy jovencito supo buscarse la vida para no tener que trabajar duramente a cambio de lo justo para sobrevivir.

Además le encanta su trabajo. Cuando alguien se retrasa en los pagos o no puede hacerlos efectivos y Dom Dimas le encarga vapulear al moroso, entonces disfruta de lo lindo. Y si se quejan, más fuerte les arrea.

Él sabe que en el pueblo, y gracias al amparo de Dom Dimas, es prácticamente la única autoridad. Nadie, pues, se atreve a quejarse de la situación creada por su amo.

Además resulta que cree firmemente en que se merecen que les traten como a borregos. El sujeto, que ahora mismo está babeando misericordia, es uno de los más cretinos del rebaño. Recuerda cuando, hace ya unos dos años, su hijo, el tal Tassos, iba por todo el pueblo molestando a la gente. Al principio lo ignoraba, pero cuando empezó a meterse con Dom Dimas, gritando reprobaciones contra él, en plena plaza del pueblo, acusándole de tener la culpa de su situación, decidió poner fin a aquello. Siguió al mozalbete una tarde que rondaba por las calles, hasta que de anochecida, salió por el camino que llevaba a casa de sus padres. Cuando vio el momento propicio, sin nadie a la vista, cogió una piedra de buen tamaño y sigilosamente se le acercó por la espalda. Fue fácil descargar un tremendo golpe en la cabeza del joven. Se aseguró de que ya no respiraba y lo arrastró hasta el borde del acantilado arrojándolo para que las olas y las afiladas piedras lo destrozaran.

No contaba con que alguien pudiera ver el cadáver desde el mar, pero no importaba, el golpe que él le diera se confundiría…

Algo no va bien ! Está pasando algo no previsto !

Regresa de sus ensoñaciones y la escena que contempla le pone los pelos de punta. Aquel necio, con el cuchillo que Dom Dimas utiliza para servirse

el desayuno, ha abierto un enorme tajo en el abultado vientre de Dom Dimas, por el que aparecen sus tripas que inútilmente trata de retener con sus manos ensangrentadas. Con los ojos desorbitados y una abundante baba que le resbala por sus carnosos labios y abundante papada, parece un pescado que boquea fuera del mar, agonizando dolorosamente.

Mira al estúpido, que continúa arrodillado y que ha dejado caer el cuchillo al suelo y sin dudar una fracción de segundo saca la navaja que lleva en la faja y de un formidable golpe la clava en un lateral del cuello haciéndola salir por el otro lado, seccionando la tráquea y las dos yugulares a la vez.

Recupera su arma y la limpia en la ropa de Crisóstomo mientras considera la situación. El mentecato está muerto y Dom Dimas no tardará mucho. Sin la protección de Dom Dimas él está perdido. Hay demasiada gente que le odia y que, cuando se sepa que su patrón ha muerto, irán a por él.

Su mente empieza a buscar una salida y la única que se le ocurre es ir al pueblo del otro extremo de la isla y rezar para que el barco, que hace la travesía de Isla Megálos, esté allí y pueda llevarle.

Sin perder tiempo abandona aquella escena, no sin antes lanzar un escupitajo supersticioso, maldiciendo a aquellos dos imbéciles que solo han muerto para complicarle la vida, y enfila el camino agazapado y lanzando miradas a diestro y siniestro para asegurarse de no ser visto.

Capítulo 6

Adriana y Sebastianos

En la hora cercana al mediodía

Adriana está en el obrador anexo a la casa en el que prepara todo tipo de productos que, vendidos en el pueblo, puedan ayudar a la economía de la casa. En este momento se dedica a meter en unos moldes una mezcla de higos secos, almendras, nueces, hinojo y canela para hacer unos panes de higo.

Para hacer más llevadera la tarea, de vez en cuando, hecha una ojeada por la pequeña ventana. En una de aquellas asomadas distingue a alguien que sube por el camino. Extrañada de quien pueda ser se pregunta, si por un casual pueda ser Crisóstomo, que por algún motivo haya bajado al pueblo, aunque ella le hace trabajando en los campos.

Con un extraño presentimiento abandona el obrador limpiándose las manos en el delantal para salir al encuentro del caminante.

Al aproximarse mutuamente, Adriana comprueba que se trata de Sebastianos, el esbirro de Dom Dimas. Por su extraña actitud sospecha que algo fuera de lo normal está pasando.

Sin dudarlo sale a su encuentro y, casi sin pensar, pregunta:

- Que ocurre ? Has visto a mi marido Crisóstomo ?

Furioso al verse descubierto, y además por la mujer del desgraciado que había degollado, Sebastianos le lanza una mirada asesina y le responde:

- No he visto a nadie, mujer ! Y déjame pasar, tengo prisa !

Las sospechas de Adriana se acentúan. Sebastianos siempre ha sido un mal bicho, pero ahora tiene una mirada enloquecida, de animal acorralado que no puede deberse a nada bueno.

- Si no me dices inmediatamente que está ocurriendo no darás un solo paso !

- Déjame te digo ! No tengo que darte explicaciones de nada ! Y ahora aparta !

- Te juro que como no te expliques no vas a pasar ! - Adriana coge a Sebastianos por el chaleco dispuesta a sonsacarle lo que sea que sucede y

que cada vez tiene la extraña sensación que le atañe directamente.

- Suelta mujer ! Te has vuelto loca ! Que te has pensado ? Suéltame y no me obligues a hacerte daño !

- Ni lo sueñes ! O hablas o no pasarás de aquí !

- O me dejas de una vez o soy capaz de tirarte por el acantilado ! - Dice Sebastianos, y empujado por la rabia y la desesperación añade - Igual que hice con el desgraciado de tu hijo !

Adriana se queda helada, mirando los ojos de aquella alimaña, viendo en ellos la verdad de la confesión de aquel asesino. También ve la razón del porqué todavía no ha tenido el valor, o la decisión, o la entereza de arrojarse a las tremendas olas, que sin tregua, martillean la base del acantilado.

Asiendo todavía más fuerte del chaleco a Sebastianos empieza a arrastrarlo hacia el borde del acantilado mientras en su rostro se va dibujando una sonrisa macabra fruto de la decisión que acaba de tomar.

Sebastianos, sorprendido por la fuerza y decisión de la mujer, trata de zafarse inútilmente de sus garras y, al mismo tiempo, alejarse del abismo. Al no conseguirlo, y viendo el precipicio cada vez más cerca, saca su navaja y la hunde en el costado de la mujer.

Ella siente el acero que se hunde en sus entrañas, llenándola de un frío mortal que invade sus vísceras. Aquello acrecienta su determinación y, con un último y enorme esfuerzo, cogiendo a Sebastianos por sorpresa, ya que él creía que Adriana, con la herida del costado le soltaría inmediatamente, hace que los dos se despeñen acantilado abajo…

Capítulo 7

En el borde del acantilado

Más de cien años después.

Estoy justo al borde del tremendo acantilado por el que se supone que Adriana se despeñó, arrastrando en su caída a Sebastianos. El espectáculo es sobrecogedor y tengo que retirarme porque asusta de verdad.

Me ha traído hasta aquí un viejo pescador que me acompaña por estas islas en su querida barca. Él fue quien me contó la historia de este lugar y los hechos que llevaron hasta la trágica mañana de las cuatro muertes violentas.

Desde hace ya bastantes años la isla está desierta. De alguna manera, aquellos sucesos causaron un gran impacto en aquellas sencillas gentes y quizá fueron el detonante que necesitaban para buscar otros sitios más fáciles para vivir. Poco a poco, pero con un ritmo constante, familia tras familia fueron marchando.

Actualmente solo quedan algunas ruinas, muy deterioradas, de las construcciones que en aquellos tiempos sirvieron de hogares.

También, con el viejo pescador, hemos intentado visitar los viñedos y, sobre todo, el olivar que constituían las posesiones de Crisóstomo y Adriana. La maleza se ha adueñado de todo y ya casi no es posible distinguir ni siquiera el camino que conducía a ellas.

Abandonamos pues la isla con una extraña sensación de haber visitado un territorio en el que sucedieron tremendos acontecimientos y, cuando ya a lo lejos la isla va empequeñeciendo, pregunto al marinero por el nombre de la misma. Él, dirigiéndome una triste mirada, contesta que la gente que antes vivió en ella y sus descendientes la llaman Isla Olvidada.